SUPLEMENTO DOMINICAL

EL DIARIO

ARTE Y LETRAS

La Paz, Domingo 23 de Diciembre de 1951.

LÍRICA POPULAR DE NAVIDAD

por Antonio González Bravo.



Como reflejo de la tradición medieval, la colonia española nos trajo una **Fiesta de Navidad**, que se ha aclimatado hermosamente en nuestra tierra, dando lugar a un atrayente **folklore** que, bien estudiado, depurado y cristalizado en más perfectas formas musicales y poéticas, seguramente constituirá en el porvenir una de las facetas más importantes del arte nacional.

El arreglo de los **Nacimientos**, de los **Portales de Belén**, fué entre nuestros abuelos y entre nuestros padres, uno de los acontecimientos mayormente sobresalientes de la vida hogareña, en el que los grupos de niños cantores de Navidad encontraron una especie de nido delicioso donde vivir su vida lírica.

Hago constar una cosa muy importante: el folklore de referencia ha constituido esencialmente un arte popular criollo y mestizo, bien que en su aspecto musical haya tomado bastantes ritmos indígenas.

Y las rondas de niños se formaban en todos los barrios de una población para visitar los **Nacimientos**, donde cantaban al **Niño Dios**, acompañándose con instrumentos fabricados en general por los mismos niños: tambores, sistros (**tshullutshullus**), matracas (de cajas vacias de sardina), **pajarillos** (metiendo un pito dentro de un vaso de agua), fuera de los que fabricaban los carpinteros y hojolateros.

Había muchas canciones: para golpear las puertas de las casas ofreciéndolas: para cantarlas al **Niño** Dios delante del **Nacimiento**, bailando y haciendo alguna fina travesura, y también para despedirse de las casas, donde eran agasajados con tazas de chocolate, peras y **sarnalIullas** (panes con manteca, dorados al horno con queso y yema de huevo encima).

Ultimamente, dichas canciones y costumbres ya se estuvieron olvidando, con perjuicio de las Fiestas de Navidad, que, en plena primavera en nuestras tierras andinas, ofrecen un atrayente hechizo.

Por invitación del grupo juvenil "**Horda**, reuní el año pasado varias canciones populares del país, que ahora vuelvo a presentarlas por medio de EL DIARIO, como homenaje al costumbrismo navideño, en una selección de cuatro canciones populares de nuestro folklore, que, con la ayuda de mi carísimo amigo Alfredo Valenzuela, de Laja, anoté entre muchas, habiendo, por mi parte, agregado más estrofas, para variar la letra de las canciones. Las estrofas recogidas están puestas entre comillas.

Además, para ofrecer nuevas canciones a nuestros niños, que, frecuentemente no tienen qué cantar en Navidad, reunimos otras cuatro canciones, con música folklórica recogida por nuestro finado amigo don Luciano N. Bustíos, que fué un fervoroso por estas cosas, habiendo dirigido el grupo infantil "**Nina Inti**", y, para cuyas músicas folklóricas (un **Taquirari** beniano, una **Tonada de Tarka**, un **Mistisicuri** y otra **Tonada de Tarka**), compuse los textos poéticos que se incluyen, y se publican antes de que se pierdan.

Damos, pues, en el presente **Suplemento** un florilegio de ocho canciones de Navidad para el repertorio de nuestros niños.

Una insinuación muy importante, a los que quieran utilizar las antedichas canciones: procuren aprenderlas bien, especialmente en su división musical, a fin de no interpretarlas defectuosamente, como suele ocurrir. En la primera canción folklórica "**Venid pastorcillos**", hay un ritmo raro en compás de 7 por 4, compás de amalgama de uno de 3 tiempos y otro de 4, que habrá que marcarlos bien. Y, tener muchísimo cuidado con las síncopas, muy características de nuestra música folklórica, y cantarlas mejor, con aire moderado y no desaforadamente, como pasó alguna vez. Claro que con voz dulce, libre de violencia.

CANCIONES POPULARES DE NAVIDAD

Recogidas por Antonio González Bravo.

1.— VENID PASTORCILLOS

"Venid pastorcillos,
venid a adorar,
al Rey de los cielos
que ha nacido ya."

"En el lecho de paja,
desnudito está,
quien ve las estrellas
a sus pies brillar."

Para el Niño bueno,
en su Navidad,
hermosas canciones,
toditos cantad.

Cantando felices,
un dulce cantar,
tendremos más dicha,
vencido el pesar.

2.— FELICES PASTORES

"Felices pastores,
la dicha triunfó,
el cielo refulge,
ya Cristo nació."

Trayendo en el alma,
la felicidad,
alegres canciones
entonemos ya.

"Todos, todos todos,
vamos a adorar,
al Rey de la vida,
que muy lindo está."

Y entre bellos sones,
para el Niño Dios,
al mundo reanime,
cantando la voz.

3.— DULCE JESUS MIO

"Dulce Jesús mío,
Niñito adorado,
ven a nuestras almas,
no te tardes tanto."

"De aquel cerro verde,
baja la neblina,
por sus lindos ojos,
agua cristalina."

"Este Niño viejo,
cada año nace,
en su chchijipampa,
wisttiqui, wisttiqui."

"Señora Santa Ana,
toca tu campana,
porque el Niño llora
por una manzana."

4.— AQUI PASA JESUCRISTO

"Aquí pasa Jesucristo,
con sus rayos de cristal,
alumbrando todo el mundo,
como Padre celestial."
"Del tronco nació la rama,
de la rama nació flor,
de la flor nació María,
de María el Redentor".
"Alegría,
alegría,
en el día
de María."
Con los campos florecidos,
por la hermosa Navidad,
en el tiempo que es dichoso,
cantad todos y bailad.
Y la ronda de los niños,
nació con el Redentor,
hacia fines de diciembre,
de los tiempos, tiempo en flor.

CUATRO POEMINES de Antonio González Bravo.

Música Folklórica recogida por Luciano N. Bustíos.

2.— TARDECITA BULLANGUERA



I

Tardecita bullanguera
de felices Navidades,
que enardeces la alegría
y haces trizas los pesares.

Canta dulce,
pues que Cristo el pequeñito,
bueno y tierno,
ya sonríe entre pañales.

Ay, tardecita,
ve saltando por las calles
y entrando a casa,
presto acaba con los males.

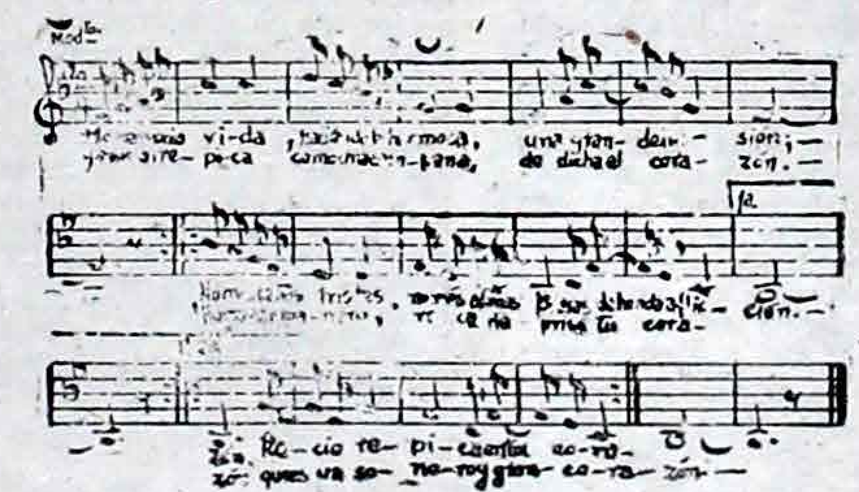
II

Cual rosa florecieron,
la ciudad y las campiñas,
con las tierras y las almas,
desbordantes de alegría.

Luevan rosas,
de Jesús a la sonrisa,
y claveles,
para la Virgen María.

Los corazones,
llene dulce algarabía
e inunde el mundo,
el cantar del alma niña.

.— ¡HURRA CAMPANERO!



I

Hoy reina en la vida,
haciéndola hermosa,
una grande ilusión;
y ansioso repica
como una campana,
de dicha el corazón.

No más ceños tristes,
no más almas presas
de honda aflicción.
¡Hurra campanero,
repica de prisa
tu corazón!
Recio repica en tu corazón,
que es un sonoro y gran corazón.

II

Cantando dichosos,
saltando traviesos
todos los niños van;
cruzando los campos,
corriendo en las calles,
con infinito afán.

Porque el aire es fresco
y la tierra verde
y es Navidad,
hay grande bullicio
y en grande alegría,
grande hermandad.
Porque es chiquillos la Navidad,
una linda y feliz Navidad.

1.— JUEGA NIÑO BUENO



I

Juega Niño bueno,
en tu cunita,
con la blanca luna,
que es muy bonita.

Ttijcha Jesús lindo,
a la lunita,
contra las estrellas
del cielo azul.

Bola de cachina,
eso es la luna,
que rueda garbosa,
con gran fortuna.

Te daremos bolas,
una por una,
si presto en el juego
nos ganas tú.

Qué linda es la noche,
noche muy galana,
feliz nochecita
de Navidad.

Juega Niño bueno,
con la luna blanca,
que de bien bonita,
pronto se irá.

II

Juega Jesusito,
con cosas bellas,
mundos ensartando,
cogiendo estrellas.

Mira Niño bueno,
que hacen centellas,
los lindos juguetes,
que te escogí.

La brisa que vuela,
es el aliento,
que el mundo amoroso
desprende al viento.

Al viento aromado
y tibio viento,
para que prontito
se llegue a Tí.

Qué linda es la noche,
noche muy galana,
feliz nochecita
de Navidad.

Juega Niño bueno,
con miles de estrellas,
que tu linda cuna,
ornando están.

4.— TRAS LA NOCHE MUY LLUVIOSA



Tras la noche muy lluviosa,
lindo el día ha amanecido,
con la casita bien limpia
y Cristo recién nacido:
y la cebada ya verde,
sobre el terreno florido.

Alegre mañana,
con qué carita has venido:
divina mañana,
de un predio todo llovido.

II

Y el día es como un regalo,
que trajo la Nochebuena,
y porque nació ya Cristo,
inunda una paz amena;
y habiendo tanta alegría,
se hizo añicos toda pena.

Alegre mañana,
de una luz radiante llena;
divina mañana,
fresca como una azucena.

El compositor y profesor de Música don Antonio González Bravo, es un viejo investigador paceño, cuya labor, ampliamente conocida, agradece el país. Acostumbrado a la modestia, sus estudios publicados en la prensa nacional y en diversas revistas y libros de folklore editados en América y Europa, no han respondido a ningún afán propagandístico de su persona, sin oa la firme devoción sinceramente sentida por la tradición y las expresiones populares bolivianas puras. De ahí que en La Paz se justifique el que distinga a EL DIARIO con la entrega de sus últimos trabajos, tan valiosos para el acervo cultural patrio.

"**Antis Aru**", la fiesta de arte aymara, presentada en el teatro Municipal hace poco, marcó un suceso inolvidable, pues el maestro **González Bravo** y la declamadora Matilde Garvía, ofrecieron, sin duda, toda una conjunción de talento y calidad poético-musical, de profundas esencias telúricas y grandes proyecciones nativistas.

Director del Conservatorio Nacional de Música por varios años, puso su saber y cariño en las cátedras de Teoría y Canto Coral. Asimismo, dirigió —como profesor diplomado de Educación Física — diferentes conjuntos de baile y corales en centros deportivos, como The Strongest y establecimientos educacionales. Aún son recordados sus grandiosos festivales de Canto y Danza brindados en el Estadio de esta ciudad, con la intervención de millares de niños.

Veamos ahora en "Lírica Popular de Navidad" su tarea, incuestionable, **de investigador y músico-poeta.**

La Navidad Tarijeña Actual



Por Victor VARAS REYES

A José Garrut, de la "Asociación de Pesebristas", de Barcelona, España.

Hace muchos años escribí y publiqué "La Navidad tarijeña de antaño"—que se reprodujo en mi libro "HUIÑA Y PACHA"—después de luengos años de vivir alejado del solar nativo, desde un plano de evocación. Entonces me había referido, dentro de grata reviviscencia, a cómo se celebra popularmente el aniversario cristiano de la llegada del Salvador: describí la estructura del Nacimiento y el desarrollo de la "Adoración", o sea, la ejecución de las danzas navideñas, legadas por los españoles y conservadas con cierta fidelidad. De regreso a los paternales lares a un cuarto de siglo, para vivir y reencontrarme con la tierra y con los míos, he vuelto a gozar del ambiente que tanto añorara fuera y que tan profundas e inolvidables satisfacciones deparó a mi alma durante la mencionada festividad.

La ciudad de Tarija ha crecido mucho desde que la dejamos, allá en los años mozos. Nuevas edificaciones de factura moderna, y calles asfaltadas, han contribuído al progreso del pueblo. Gentes del resto del país boliviano, de América, del Viejo Continente, han sentado sus reales, cambiando en algo las costumbres añejas, pero el suelo, defensor de lo suyo, con la fuerza de la tradición, ha obligado a los menudos aluviones humanos a respetar la herencia de los mayores, aunque, como es natural, tuviera que aceptar algunas transformaciones. A ello me he de referir, con la impresión saturada de frescura, para satisfacer la curiosidad del acucioso investigador hispano, a quien dedico estas líneas.

El "Nacimiento" ha sufrido algunos cambios vinculados con el estado económico de las gentes, muy mermado en relación con la tendencia suntuaria de antaño. Al "Niño" se lo acomoda hoy al centro de un pequeño altar en forma de estrella, forrado con tul blanco y ornado de estrellitas plateadas de papel: con flores de trapo, con bombitas de luz, con frutas, etc., según la iniciativa, gusto y condiciones del poseedor. Este altar portátil, situado encima de una mesa cubierta con un mantel blanco, en cuya superficie se colocan flores, y, por delante, una gradería también cubierta con sábanas blanquísimas, donde se sitúan flores, juguetes y, raramente ahora, algunos santos o los Reyes Magos en bulto, marca lo vigente. También quedan, como recuerdo de épocas pasadas, el ornamento del pesebre característico. Es decir, si el "Niño" figura al centro de la estrella, las imágenes de San José y de la Virgen ocupan al pie de aquélla, posiciones laterales, a ambos costados. Efigies de Melchor, Gaspar y Baltasar recuerdan la gloriosa adoración realizada cuando estos Monarcas asomaron a Belén, guiados por la estrella de Oriente; abundan pastores y menestrales. Todo está dispuesto e nuna sala especial.

En el patio de la casa, o en un sitio adecuado de la calle, defendido del tránsito de vehículos, se ubica el "palo de trenzar". Consta de un poste de dos metros y medio, más o menos, de altura, en torno de cuyo ápice se aseguran tiras de tejido de lana angostas (un centímetro o uno y medio centímetros de ancho), que van hacia el suelo, y se amarran en derredor del palo, cuando no hay movimiento. Son llamadas cintas "trenzas". El conjunto consta de ocho de ellas, de diferente color. Generalmente el poste está forrado en toda su extensión con tutilo (dícese tocuyo) blanco.

La familia devota ha pagado la misa para su niño, a realizarse en uno de los templos de la ciudad, como lo hacen rigurosamente cada año quienes tienen la sacra imagen. Con prudente anticipación (quince o veinte días), se ha comunicado el caso a los niños vecinos o amigos de la familia, quienes se concentran, y, según la influencia ejercida entre los rapazuelos, se elige a los jefes para que encabecen los ensayos de "trenza" o de "adoración", enseñen o hagan repasar los villancicos o coplas con el respectivo tono para cantarlos durante las pausas de la danza y capitaneen decorados, con cintas de seda coloreadas, tanto en ida y retorno del templo, como en la casa, todo el ritual conocido. Mucho hay en esto de España, pero también aparece la contribución de la tierra, debido a la iniciativa y composición popular.

En la mañana destinada para la ceremonia, se conduce a la imagen al templo, concertado para la misa. Generalmente cargan mujeres. Muchachas jóvenes, convenientemente ataviadas, transportan flores en sendos vasos; otras tienen un dispositivo pequeño (zahumador) que semeja un ave, en cuyo lomo, hueco, hay azucenas a las cuales da [illegible]. Haciendo el cortejo de honor, van niños o jóvenes de ambos sexos [illegible], pero en el tránsito se dividen en columnas de a uno, que, escoltando a la imagen, danzan avanzando y retrocediendo, dirigidos por la posición del par de caudillos, al compás de músicas [illegible] que constituyen, ya un conjunto de instrumentos metálicos o de hombres que ejecutan en sus quenas las tonadas típicas, bajo el ritmo señalado por un bombo y un tambor. Cualquiera que sea la "banda" de música, espera fuera del templo la terminación de la ceremonia religiosa, para amenizar el regreso de la efigie, que se verifica con el mismo atuendo.

Ya en la casa, la anfitriona, ayudada por los diferentes miembros de su familia y de las amistades íntimas, agasajan a los concurrentes con copitas de mistela o tazas de "diana" (leche caliente combinada con "singani": aguardiente de uva), colocados en platillos cuajados de "masitas". La murga ejecuta las tonadas, y, a su son, bailan unos en la "trenza" y otros "adoran" en la sala.

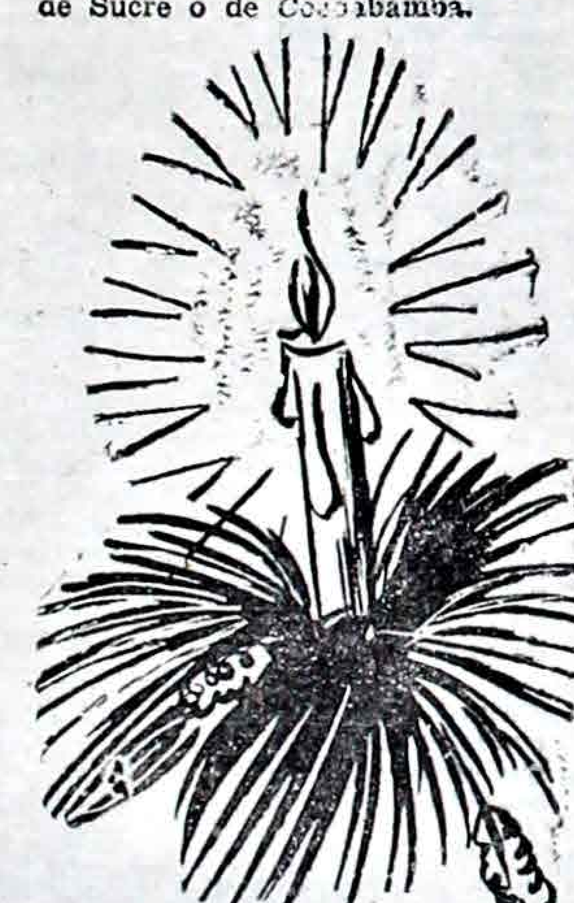
Hay varias combinaciones en los bailes de "trenza", pero predominan los llamados "Remolino" (simple, de cuatro; doble, de ocho); "Canastitas" (simple, de cuatro; doble, de ocho); "Coco" (simple de cuatro; doble, de ocho), y "Cuadrilla". Siendo ocho las cintas, lo propio es que tomen ellas cuatro chicas y cuatro chicos, pero esto difiere según las circunstancias, pues en veces sólo actúan niñas, otras, niños, predominando también varones o chiquillas en los conjuntos. La "Trenza" no tiene tradición lejana en Tarija. Fué importada hace más de una treintena de años de los sonrientes valles [illegible]. Pero su práctica se ha desarrollado mucho, connaturalizándose con el pueblo.

La "Adoración" puede realizarse simultáneamente o a la "Trenza", pues ésta, como llevo dicho, se efectúa en el patio de la casa o en el poste colocado hacia la calle, en uno o dos planos o en planos a manera de plazoletas; la "Adoración" se cumple en la sala donde se arreglaron el "Nacimiento". Las danzas de Navidad, de "Adoración" son las mismas de antaño: "Cadenita", "Chunchos", "Mudancitas", "Carnavalito", "Huachitorito", "Cuadeilla", "Sapito", "Monito", "Borrachito", predominando la primera de las nombradas.

La Navidad tarijeña, en las condiciones anotadas, no es de duración breve, como es de general costumbre en el orbe, que la limita al 25 de diciembre, o tal vez hasta el 6 de enero, por la "Adoración de los Reyes Magos". En la ciudad de Don Luis de Fuentes, el festejo continúa, si es posible, hasta el jueves anterior a Carnestolendas.

El nórdico "Arbol" de Navidad, exótico para nosotros, algo ha progresado, por la concurrencia de elementos europeos no hispánicos, pero no convence el simbolismo, ni la apariencia. La Navidad tarijeña trae explosiva alegría, en tanto el "árbol" se resiente de seriedad convencional. Hay días de calor asfixiante en diciembre y enero en ciudad y campiña, y se tiene que ornar el pino típico, fuera de las bombitas coloreadas y brillantes de costumbre, con algodones o con papel picado, para representar la nieve con sus copos... Tampoco persuadiría la llegada del viejecito barbón y sonriente, peregrino distribuidor de regalos que saca de su capucha. No tiene arraigo popular el "árbol", con todo su acompañamiento.

No escasean felices poseedores de imágenes cuzqueñas, legadas por los antepasados; generalmente los "Niños" han sido fabricados hábilmente con cera y estuco, por "santeros", gentes del pueblo tarijeño, pero también los hay procedentes de La Paz, de Sucre o de Cochabamba.



Dos Tumbas Para un Amor

PARA EL DIARIO

Por Héctor PEÑALOZA

Situada en las faldas del cerro que pertenece a la Compañía Minera Smelting,, Corocoro es la ciudad de la tierra colorada. Tierra que en grandes proporciones circula por los andariveles, juntando la riqueza del cobre, que antes los vasallos de los Incas recogían como rara vegetación encontrándola en esas extensas llanuras, tal fueran arbolillos de metal que crecían en la superficie.

Los pacíficos trabajadores, mientras no son instigados por alguna causa distinta a sus propias necesidades, oradan el suelo con callada resignación, mascando la coca que les da fuerza, disimula su hambre y motiva el derroche de licor.

El minero es así. Aparenta tener algo inexplicable en su alma; su corazón parece resentido por algo que no sabe expresar. Tal vez semeja al indio, que vive ausente en la pampa y a quien basta hablar del Inca para que llore en silencio.

Tal vez... el minero piensa en la patria, y viendo las inmensas cantidades del metal que sale por su esfuerzo, cree que los suyos más tarde no tendrán para comer...

Es probable que las minas se agoten, y ya no exista la riqueza mineral del Kollao. Quizá esto sea mejor para salvarnos del caos que toma cuerpo entre el capital y el trabajo; capital de incalculables millones que se va y no vuelve, que nos deja miserias y sólo recuerdos de lo que pudo hacerse con sus caudales si sólo a la patria hubieran pertenecido; quizá sea mejor porque entonces esas mismas tierras removidas y sin metales, se hagan productivas y abunde la agricultura y la ganadería, las más efectivas y las de menores problemas.

Quizá las extensas Pampas baldías e improductivas, vendidas a los mineros, sobre la base de sus ahorros y la obligación de pagar los saldos con los mismos productos de la tierra al Estado o a los propietarios, dé lo que hoy se niega a todo un pueblo rodeado por vastos territorios en abandono: la papa que, por tremenda paradoja, siendo oriunda del Altiplano, tenemos que importarla a veces desde Holanda, país que en un 40 por 100 de su extensión está situado en el más bajo nivel del mar, dato interesante para los que dicen sufrir del corazón.

• • •

Y fué en estas minas donde nació Ramoncito.

Su padre, barretero consumado, tenía en el ceño la huella del hombre ajeno a los disturbios, que él consideraba "pretextos" en los que no quería inmiscuirse, eso sí, esposo amante y padre cariñoso, procuraba tener el producto de su esforzado trabajo para el bienestar de los suyos, sin relegarse de los compromisos de su medio, aunque con parquedad ejemplar. La madre, mujer dedicada a las labores de su casa y al esmerado cuidado de su único hijo, a él consagraba todo su amor, convirtiéndolo en vivo reflejo de su padre.

A Ramón, formado un hombre de bien por su obediencia, respeto y acatamiento a sus progenitores, la vida le sonreía feliz, si en el decurso del tiempo jamás se le había visto demostrar la más leve insolencia con ellos, siguiedo, en fin, la misma ocupación de barretero que su padre le había enseñado en las minas.

En el campamento donde Ramón y sus padres moraban, disponía de las piezas vecinas una familia de trabajadores, cuya primogénita: Jovita, era una mocita que reemplazaba a su madre en las labores de la casa y el cuidado de sus hermanos menores, atrayendo con sus virtudes la atención de Ramón.

Ramoncito, que así le llamaba aún su madre, comprendió que ya tenía edad suficiente para formar la pareja de que tanto le había hablado su madre; preocupación que se acentuaba cada día más en él, al acompasado golpear del combo dentro de la mina, unas veces, y otras en las horas de descanso, cuando meditaba sobre las virtudes de Jovita, con quien debía formar su hogar para cumplir con los preceptos de la iglesia que su progenitora le enseñaba.

Y así, al correr de los días, los padres de Ramón concertaron el matrimonio con los de Jovita, por voluntad de sus hijos, habiendo señalado la celebración de las bodas para la próxima Navidad, a cuyos festejos faltaban tres meses.

Los preparativos se fueron haciendo lentamente.

Por las tardes, cuando el trabajo le permitía a Ramón, buscaba a Jovita en su casa, donde, guardando una respetuosa distancia de su novia, conversaba o, a veces, intervenía en los juegos con que se entretenían los hermanos de Jovita.

Una tarde, la segunda que Ramón no retornaba de un ligero recorrido que hacía por los caseríos de los indios en busca de ovejas y gallinas para sacrificarlas en la boda, y la segunda tarde que Jovita contemplaba con ansiedad, desde la colina más alta frente al campamento, la dirección por donde había de parecer su "adorado" tormento", y al oír en las campanas del pueblo el ángelus, notó, a pesar de la hora umbría, que allá abajo caminaba Ramón, reconocido por Jovita, más que con los ojos, con el corazón.

Era él, no había duda, pero, ¡que se apresure!, se decía ella, con los latidos apenas contenidos de su emocionado corazón.

A un agudo silbido de Jovita, Ramón evantó la mirada y la divisó: le llamaba agitando su pañuelo.

El, en el arrobamiento de su edad por la mujer amada, seguía lentamente, paso a paso, entrando en el pequeño puente de construcción precaria, sobre e lodo que corría del ingenio de la mina, abrazando con a mirada a Jovita. Ella, apuraba más sus señas, cuando, de improviso, vió caer a Ramón en el lodo y perderse sumergido en el barro..., un grito de espanto, taparse los ojos, volver a mirar y Ramón no estaba, lo había tragado el lodazal...

Seca de terror, guardando el pañuelo que quizá fué la causa... corrió, corrió veloz al lado de su madre, para avisarle y socorrer a Ramón a tiempo. Llegó a su casa, y el silencio selló su boca.

No. Era increíble. Tal vez no era Ramón, y al pensar que a otro hombre había hecho señas, sostenía una tremenda lucha en su interior. Durante la noche, que no dejó de ver la boca abierta del barrial y perderse allí al hombre a quien ella le habló de su amor con el pañuelo... No, no era posible que fuera Ramón, él tenía que vivir para ella, para su amor, pero ese hombre!...

Al día siguiente, muy temprano, sentada junto al fogón, salentaba el agua paa servir el desayúno y preparar el fiambre del "tata", que entraba temprano a la mina; llegó hasta ella el viejo, y poniéndole la mano pesada, grande y callosa sobre la cabeza, le dijo: "Anda, hija, tu novio ya llegará, no te mates con la pena. Ayer ya te ví como para enloquecer cuando volvías de haberle esperado en balde."

Jovita se estremeció y miró fijamente a su padre. Este tomó el desayuno y, amarrando su fiambre en un trapo, se fué, dejando al perro echado en la puerta. La madre y los hermanos de Jovita, dormían.

Habían pasado os días, nada se supo de Ramn, tal vez fué él... Tampoco se oyó una palabra del caído.

Los padres de Ramón, con la ayuda de compadres y ahijados, se fueron en su busca; pero no supieron más, que aquella tarde retornó al campamento, no sabiéndose el rumbo que tomó. Las conjeturas, los comentarios en esas gentes sencillas, enredaban las cosas y nadie se entendía.

Jovita comprendió que era él, no había duda, y pensó en viajar a la ciudad y buscar a su confesor, un viejo sacerdote, para hacerle saber el dolor que la mataba.

Taciturna y dolorida convenció a sus padres que debían dejarla viajar para la Navidad, ya que sólo faltaban tres días, a fin de que olvide sus penas—decían sus padres—por si acaso Ramón la engañó y se fué con otra moza...

Viajó Jovita, y al llegar a la ciudad, directamente se fué donde el cura, su confesor, un ejemplo de mansedumbre. Le avisó la verdad en medio de desesperados sollozos, y cuando terminó su trágico relato, el sacerdote, con voz apenada, le preguntó lo que pensaba hacer.

—Me mataré, le contestó friamente.

—No, hija, le reflexionó el confesor, todo tiene remedio en la vida.

—Anda, anda nomás donde tu madrina y mañana Nuestro Señor te sacará de tu desesperación. Anda a oír misa a a Iglesia del Convento, allí te esperaré.

Jovita, sin sueño para sus ojos, estuvo sentada durante la noche en la cama que su madrina solícitamente le proporcionó.

En esa casa, junto a la señora soltera y rica, que vivía piadosamente, había pasado su niñez; de allá asistía regularmente a la escuela; en compañía de su madrina concurría a ceremonias religiosas, quedándose ésta, con frecuencia en prolongadas charlas dentro del Convento, a través de las ventanillas cubiertas, con una pariente monja.

Al día sigiente se fué muy temprano a la Iglesia cuando repicaban las campanas. El oficio de la Santa misa, había comenzado. Jovita, rezando devotamente, tenía fija la mirada a una puert aamplia que daba al Convento, la que parecía bien asegurada del otro lado.

Terminó la misa y el cura la buscó co nla mirada, al divisarla la llamó. Jovita se fué a arrodillar ante él. Le echó su bendición y, haciéndole algunas reflexiones, la despidió. Nadie quedaba en la Iglesia. El cura, seguido de su ayudante, penetró en la sacristía.

Era el momento, Jovita se escurrió en un pasadizo y allí pemaneció temblando; pero el amor en lecorazón de la aborigen, vestida de chola, cuando pierde el objeto de su cariño, así, antes de su unión, que ellas consideran indestructible desde su compromiso, tiene tan raras concepciones como asombrosas decisiones, y, cerradas ya las puertas de la Iglesia, quedó completamente sola... Tuvo miedo, quisó gritar, pero con su manta ahogó su desesperación... Lloró mucho, pensó en sus padres; sin embargo mayor era su firmeza para cumplir lo que había prometido a Ramón en su húmeda tumba de barro...

Las horas pasaron... El canto lejano de los gallos anunciaban el amanecer del día de Navidad en que debía ser esposa de Ramón... ¡Ramón, era para ella el nombre de su dolor...! Seca de llanto, agotada, durmió... Con los primeros rayos de luz allá por el horizonte, suavemente, casi con temor, se abrió queda, muy queda la puerta que comunicaba al Convento... Jovita, instintivamente abrió los ojos y vió penetrar a la iglesia en formación rigurosa varias formas humanas envueltas en una sola clase de hábitos, oyéndose un rumor de rosarios que, al compás de los pasos de pies desnudos, chocaban... Jovita, llena de terror quiso gritar, pero nuevamente ahogó la desesperación con su manta; y al llegar la doble fila de monjas al altar mayor, se incorporó, sacándose los zapatos, y conteniendo la respiración, penetró al Convento por la puerta que quedaba abierta... Nadie la vió. Buscó un lugar para esconderse. Permaneció varias horas, hasta que su desesperación la hizo salir llorando implorando perdón, misericordia para ella que quería ser monja.

Se sintieron gritos ahogados, el espanto fué como ocasionado por una explosión mortífera; se veían agolparse los hábitos movidos por seres tímidos en una especie de masa en la que trataban de ocultar los ojos; las imploraciones salían de ese enorme grupo para confundirse con los desolados ayes de Jovita, luego... el silencio...

Desde entonces, las puertas del Convento, eran celosamente cuidadas por la monja Natividad de San Ramón.

La ciencia médica en los pueblos autóctonos

Por
Manuel Sanzetenea

El médico en la historia Haggard decía: "Yo quiero que mis hijos vean al hechicero primitivo, sudoroso y maloliente, luchando contra los espíritus causantes de la enfermedad, y le reconozcan como el que nos ha legado las bases de casi todo lo que se ha llevado a la Medicina moderna, y también de todo aquello de que tantas veces hemos tratado de desembarazarnos."

La marcha de la ciencia es comparable a una ascensión por una zona cubierta de altas montañas. A medida que el investigador sube las pendientes arduas, el horizonte se ensancha; los detalles del plano inferior se funden en un vasto conjunto, en tanto que a lo lejos se abren perspectivas nuevas. Cuando más se asciende, más amplitud adquiere el panorama. Así la ciencia médica, en sus progresos incesantes, descubre a cada paso dominios ignorados.

Nuestros pueblos primitivos poseyeron casi las mismas creencias sobre el origen de las enfermedades: la magia, la música y determinados pasos de danza entraban como elementos indispensables para lograr la finalidad de devolver la salud al paciente.

Los conocimientos que poseemos son fragmentarios, por faltar una tradición escrita. Lo poco que se sabe tiene su base en los siguientes elementos:

1.º Lo que escribieron los crocronistas.

2.º Los restos humanos.

3.º Los estudios realizados en los pueblos o tribus que subsisten en estado natural.

4.º Las costumbres y procedimientos que se conservan en la medicina popular.

Más de una centurias ha transcurrido desde que Alejandro Humboldt expresara su ferviente deseo de "que algún viajero ilustrado visitara las riberas del lago Titicaca, el distrito del Collao y la alta planicie de Tiahunacu, teatro de la antigua civilización americana". Desde aquella fecha, muchos sabios e ignorantes han visitado esa extraordinaria región, pero ninguno tan entendido en el asunto como Humboldt.

Hace más de cincuenta años que el profesor Posnaski visitó por vez primera la altiplanicie boliviana, y desde ese momento invirtió todas sus fuerzas en el estudio de esa civilización, la más antigua de América.

Sin embargo de que mucho misterio rodeaba al pasado de este pueblo, Posnaski demostró que el clima de la altiplanicie, antiguamente, fué mucho más hospitalario que el actual, y revela que el altiplano emergió levantándose de su anterior nivel. Antiguas riberas, visibles muy por encima del presente nivel del lago Titicaca, demuestran lo mucho que ese lago se ha reducido en tamaño, debido al levantamiento de la tierra y la constante pérdida de su masa de agua por evaporación. Restos fosilizados, tipos degenerados y representaciones del arte primitivo de Tiahuanacu, evidencian una fauna y una flora más de acuerdo para zonas subtropicales que para el frío del medio ambiente actual del altiplano.

Tres períodos de caracteres sedentarios nos presenta la cultura Tiahuanacota. En el primero, los hombres vivieron en habitaciones subterráneas. En este período se construyeron templos de piedra. A fines del segundo período se comenzó a emplear como material de construcción la andesita, mucho más dura que la piedra. La hipótesis de que el magnífico trabajo físico que se supone la construcción de Tiahuanacu a través de muchos siglos, fué posible por la propia superioridad mental de los khollas, que se sirvieron de los más numerosos llamados Arawakes, a quienes esclavizaron, surgiendo como consecuencia entre estos parias innumerables enfermedades que muy pronto se prapagaron por todo el cuerpo social; debilitando el poderío aymará. Durante el tercer período surgió el predominio quechua, con la mística pareja Manco Khapac y Mama Ocllo.

Los pueblos aymarás y quechuas, en lo que respecta a la medicina, hicieron estimables progresos. Les era familiar la anatomía particularmente en lo que se refiere con la parte ósea del cuerpo; en materia de higiene ponían gran cuidado en mantener limpios sus cueroos y los objetos usados con frecuencia. Eran amantes del baño con agua fría.

Las festividades religiosas coincidían con diversas actividades temporales del cultivo de la tierra. El mes de Chauar-Huarquiz (Julio-agosto) era dedicado a las festividades relacionadas con la limpieza de los canales de irrigación. Cuando se celebraba en el Cuzco la fiesta Coya Raymi, dedicada al culto de la luna, eran arrojados los que tenían algún defecto físico, pues era ésta una ceremonia idealista de un pueblo que anhelaba el bien, deseoso de la perfección humana, que profesaba una religión social y práctica.

Conocían y aplicaban en forma de polvo, de ungüento, de infusiones y de tisanas las plantas medicinales demostrando ser un pueblo práctico.

Lo que a ellos les faltaba en teoría lo compensaban con la ciencia. Sus médicos, los Hampicamayocs, ponían en sus prácticas mucha superstición.

Su cultura médica transmitían de individuo a individuo o de sociedad a sociedad, y a través de sus expresiones públicas. Esa cultura aprendían y no heredaban biológicamente. El niño nacido sin personalidad, en el curso de su desarrollo iba adquiriendo esa cultura por los factores más activos de la instrucción y la imitación. Como, a su vez, formaba parte del medio ambiente en que se estaban desarrollando nuevas personalidades, transmitía a éstas ese cúmulo de conocimientos, resultando que las manifestaciones materiales de esa cultura sobrevivían por miles de años y conceder al estudioso una idea más o menos concreta y exacta.

El historiador y el médico encuentran en la cerámica de los aymarás y quichuas la existencia de diversas enfermedades. Aquellos ceramistas representaron en sus vasos numerosos casos de enfermedades o estados patológicos, tóxicos y fisiológicos, cegueras, aberraciones sexuales, tuberculosis ósea, etc. De manera que la tuberculosis existió entre los pueblos primitivos de nuestro país, con la denominación genérica de UTA, de origen quichua.

Esta palabra UTA, en las provincias del Perú es comúnmente aplicada a toda ulceración que evoluciona con caracteres de cronicidad. Así, indiferentemente, se designa con dicho vocablo a las ulceraciones fagedénicas y aún hasta las ulceraciones varicosas."

La tuberculosis y una mayoría de enfermedades, era de origen desconocido, que llevaban el terror a los pueblos, incapaces como eran de penetrar en sus causas, de controlar sus estragos. Eran atribuídas a la violación de un tabú que desataba la vengadora ira de la ofendida deidad. La práctica, fundada en el origen sobrenatural de la enfermedad, involucró el manejo de un espíritu del mundo. Los espíritus malignos que se los creía introducidos dentro del cuerpo de sus víctimas, eran arrancados de sus pacientes. Y los "médicos que tenían a su cargo dichas ceremonias, eran escalonados en distintos grados, de acuerdo con el poder que se les atribuía."

Oruro, diciembre de 1951.

En las altas cumbres

Martha Revuelta.

(Trabajo premiado con Medalla de Oro en el concurso literario juvenil de Cochabamba.)

—¡Mirna, levántate, que ya es tarde!—dijo Sonia, hermana menor de la anterior, una jovencita de diecinueve años, que, vistiendo un pantalón de muchacho, parecía un mancebo ágil y elegante—. ¡Mirna, ya cantó el gallo tres veces!

Mirna se desperezó, vencida aún por el sueño. Luego, de pronto, dando un salto, empezó a vestirse apresuradamente.

El sol plateaba ya las cumbres del Tunari, con su manto de luz, despertando en los apriscos a los tiernos corderitos que triscaban en la alegría del amanecer. Las nieves brillaban como espejos en las cumbres más lejanas. Hacia ese paisaje de belleza y de misterio se preparaban a marchar las muchachas, anhelo que habían acariciado siempre y que, al fin, iban a realizar.

Mirna y Sonia, eran hijas de don Bruno Fábregas, propietario de la hacienda "Carioca", situada en las inmediaciones de la cordillera. Allí habían nacido y crecido las muchachas, huérfanas ya de madre, junto con las flores silvestres. Como éstas eran sus almas, sencillas y perfumadas. Sus sentimientos, guiados cuidadosamente hacia el bien, no sabían sino de bondad y belleza. En los huertos, en los bosques, en las florestas, pobladas de colonos, que ellas recorrían cantando, eran queridas por todos, particularmente por la chiquillería, con la que jugaban, riendo como locas. Les enseñaban, también a implorar a Jesús, dulce amigo de los niños, vueltos los ojos al azul del cielo, en pleno campo. Aquella hacienda era un rinconcito del Paraíso. No faltaban penas pequeñas, pequeñitas, que mezclaban el cristal de sus lágrimas con sonrisas.

Asegurando sus morrales de provisiones a la espalda, las muchachas emprendieron la ascensión a la montaña. A medida que caminaban, la fatiga las obligaba a detenerse. Entonces contemplaban el valle que se dilataba a sus pies, cada vez más extenso, bañado por la luz del sol. Allá estaba la ciudad, que apenas conocían, perdida entre el follaje de sus campiñas, con sus torres blancas, rematadas por la cruz del Redentor. Mirna, que tenía una voz maravillosa, rompía a cantar, mirando la tierra baja, donde bullían cien mil almas y sus pasiones.

Y continuaban la ascensión hacia la serenidad de las cumbres.

Los montañeses que solían llegar a la hacienda, les habían contado, en voz baja, que allá arriba, muy arriba, cerca de las nieves, vivía un ermitaño de barba blanca, que en las tardes, cuando el sol se ponía, contemplaba el horizonte, sentado en una roca. Algún misterio encerraba su vida, velada por el silencio. Del pequeño rancho que ellos habitaban, se podía ver su vivienda. ¿Llegarían ellas hasta allí? Sus almas juveniles y curiosas lo anhelaban. Les habían contado, también, muchas leyendas, que aumentaban el misterio atrayente de la montaña. Allí —les dijeron— bajo una piedra más alta que una Catedral, estaría enterrado un tesoro inmenso, en doblones de oro... Hombres alucinados aparecían de vez en cuando por ahí, cavando en los cerros noche y día, para luego marcharse con las herramientas a la espalda, pálidos de desencanto y de fatiga... Mas arriba, aún existía una laguna de aguas profundas, de la cual salía en las noches lóbregas, un toro con cuernos de fuego...



Atravesando quebradas, saltando arroyos, que se precipitaban en cascadas bulliciosas, recogiendo fragantes flores silvestres de sus orillas, cantando siempre, alcanzaron a ver a lo lejos un extraño caserío. No eran las chozas bajas, de techumbre de paja, donde los montañeses se agazapan y protegen del viento cargado de escarcha, que silba en las lomas y acaba en lamentos en las profundas quebradas, sino castillos y torreones en ruinas..., que eso semejan las rocas labradas por los siglos, allá arriba...

Y seguían caminando y soñando. Sus cabecitas se perdían al galope de su fantasía, sobre toda la de Mirna. Y entonces sus ojos negros, tan hermosos, brillaban como diamantes en el rubor de sus mejillas encendidas. Escucharon vocecitas agudas y lejanas, con las que el viento jugaba. A nadie se divisaba, sin embargo. De pronto, en una loma, aparecieron minúsculas figuras que corrían, agitando los brazos. Eran los hijos de los montañeses, que ellas conocieron en la hacienda. Las habían divisado desde lejos con sus ojitos telescópicos, y corrían a darles la bienvenida.

En la cabaña de los montañeses amigos, expuesta al fragor de los vientos, reinaba la inclemencia y la extrema miseria. Un pequeño rebaño de ovejas se apretaba en un corral de paredes de piedra... Pequeños sembradíos, de plantas raquiticas... Nada más...

Penetrando a la vivienda, doblado el busto, recibieron la más cordial acogida. Mama Pituca, tata Manuel; los chicos, el Julico, la Manuca, llevando camisas raídas por todo abrigo, las rodearon cariñosamente, llenando el estrecho recinto.

Sonia empezó a contar del viaje y de las bellezas que habían visto, como en sueños:

—Yo creí que la montaña era una sola masa, como se la vé de lejos, az sola masa, como se la vé de lejos, azul como un zafiro. Pero había tenido valles profundos, planicias, lagos... Esto es algo que...

—Calla por ahora—dijo Mirna—. Tengo hambre...

Desataron los morrales. Había para todos.

Luego, acompañadas por los chicos, fueron a conocer la laguna de la leyenda, la del toro de cuernos de fuego. Era maravillosa. Sus aguas cristalinas estaban rodeadas de hielo en las orillas...

—Parece una taza de porcelana, para regalo de los dioses—dijo Mirna—. Nadaban Patos.

—¿Y, dónde vive el ermitaño? preguntó Sonia.

—Allí, allí—dijeron los chicos. Se va por ese caminito.

Continuaron la ascensión, pisando escarcha. Tenían curiosidad y cierto temor de ver a ese personaje misterioso. ¿Quién era? ¿De dónde procedía? ¿Por qué había buscado la soledad en la cima de una montaña?... De pronto apareció el ermitaño que venía hacia ellas. Tenía barba blanca y ojos profundos.

—Niñitas—les dijo, —sé quiénes son ustedes, y que algún día debían venir. Me lo contaron los vecinos... Por mí mismo nada sé, porque no voy allá—agregó—señalando el profundo valle, la tierra baja...

Hace muchos años que vivo aquí, no sé cuántos... He visto infinitas veces salir y ponerse el sol...

—¿Y por qué se vino aquí don Pedre?—preguntó Sonia, ingenua.

—Las gentes son muy malas, niñitas. Ustedes no lo saben y ójala no lo sepan... Malas, malas, malas... ¡Feroces como lobos!...

Y se alejó lentamente, para perderse entre los riscos de la cordillera...

Mirna y Sonia volvieron a la hacienda "Carioca", con las cabecitas repletas de fantasías. Las bellezas de la montaña, la serenidad de las altas cumbres, la paz inmensa de las soledades...

Mas pronto supieron, también ellas, de la tierra baja. Su padre había perdido su hacienda, engañado, robado, por hombres malos... Meses después murió de pesar...

Mirna y Sonia se despidieron, llorando, de todo lo que habían amado en la hacienda: de los colonos, de sus mujeres, de los niños, de los árboles...

—¡Adiós, tierra querida; adiós mis flores, mis arroyos, mis plantas...! ¡Adiós todos...!

Era la obra de los lobos, de que habló un día un ermitaño, en la cima de una montaña.

Natividad Mendoza González

Fué una rama del robusto y añoso árbol de los Mendoza González aquella **mujer fuerte**, que cerró, en Potosí, los ojos a las miserias del mundo, en las primeras horas del 4 de junio.

El escritor y conferenciante argentino don Ciro Torres López, al conocer, en Sucre, de cerca las características de esta familia chuquisaqueña y potosina, dijo: "Sorprendente familia y semejante a aquellas del **Renacimiento**, integradas por selectos miembros de intelectuales y artistas."

Doña Natividad Mendoza González, hermana de Jaime Mendoza, polígrafo nacional; de Germán Mendoza, civilista, escritor y poeta; de Teodecilda Mendoza, educadora y periodista; de Isabel Mendoza, poetisa e integrante conspicua de instituciones filantrópicas; de Raúl Mendoza, dibujante y paisajista; de Carmen Mendoza, maestra y artista de la guitarra; doña Natividad Mendoza, decimos, fué una mujer de excepcionales cualidades intelectuales y morales.

Pasó su niñez y su juventud en la finca señorial de los Mendoza González, llamada **Yanani**; no conoció escuela ni maestro alguno. Fué una autodidacta.

Fogosa, intrépida, de ideas avanzadas y nada comunes, inclinada siempre al humanitarismo y a las cualidades de educadora, crió y educó desde muy temprana edad a Martha Mendoza y a Aída Mendoza de Alurralde; la primera, maestra y escritora, y la segunda educadora y buena madre de familia

A Martha enseñóla, naturalmente, a leer y a escribir, y aun en niña, no sólo el arte de escribir en la Prensa, sino el supremo arte de hablar la verdad en lenguaje claro y de sentir lo que se escribe.

Doña Natividad Mendoza González fué toda franqueza, toda nitidez y energía en sus ideas, en sus palabras y acciones. De ahí que la pluma combativa de Martha Mendoza esté empapada de las luminosas enseñanzas de su MAESTRA.

En extremo emotivos fueron los instantes en que estas dos hijas se despidieron de la MADRE y MAESTRA, en circunstancias en que se la ponía al féretro. Con frases expresivas y ejemplares agradecieron a quien, sin tener mayores deberes con ellas, formó su corazón y su intelecto con el cuidado, el amor y la austeridad de la mejor de las madres.

Es, sabiendo y comprendiendo esto, que la sociedad potosina, en todas sus clases, ha manifestado su hondo pesar por la muerte de doña Natividad Mendoza González, a cuya familia atribulada se han enviado también sentidas notas de condolencia desde los distintos puntos del país, y aún del extranjero. En todas ellas se hace resaltar la abnegación que supo distinguir a la extinta, de quien dice textualmente don Raúl Bravo, Inspector General de Educación Secundaria y Profesional: "Digna madre, quien constituyó en vida un modelo de altas virtudes que servirán de ejemplo a las madres bolivianas."

En la tumba de doña Natividad Mendoza González deben esculpirse estas letras del sacro proverbio: "¿Quién hallará una mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades traídas desde los últimos términos del mundo."

Potosí, 1951.

Pedro P. GONZALEZ

Balada del amor maternal

Yo no tuve hijos de la carne.
Los tengo del espíritu.

* * *

En mis mocedades, cuando alguien me preguntó ¿a qué consistía mi felicidad, para mí, díjele:
En tener alguien a quien querer y que me quiera con verdadero cariño.
Pasan muchos años de esto.
Y hoy me siento feliz porque amo a mis hijos y creo ser amada por ellos...

* * *

Y, ya al atardecer de mi vida, en el crepúsculo de este día simbólico, vieja pastora de un rebaño del que me siento dueña, al llevar al aprisco a mis corderillos, los miro y los remiro con deleitosa ternura.

* * *

Mis ojos, velados por las lágrimas, ven detrás de esta diminuta majada, otra, y otra, y otras más.
Todas envueltas en la bruma del misterio.
¡Los hijos de mis hijos!...
Los que llegarán.
La prolongación de mi amor profundo en el espíritu hecho carne.
Y, ¿quién sabe si los sembradores de estos surcos míos, abiertos con ardiente fe?
¡Dios lo quiera!

Natividad MENDOZA G.

Potosí, 27 de mayo (Día de la Madre), de 1950..

Barajas y Matrimonio

Una curiosa estadística publicada en Francia el año 1949 acerca del número de divorcios, hace conocer las causas principales que los motivaron.

La "**canasta**" ocupa el primer puesto, habiendo desplazado al "**bridge**" a un segundo lugar todavía muy importante en el desbarajuste matrimonial. Según aquella estadística, de 100 divorcios producidos en la alta sociedad durante el año 1947, corresponden 35 y 20 a diferencias de opinión y reyertas consiguientes, creadas por los simpáticos jueguecito. Lo más sugestivo del caso es que sólo 5 divorcios se deben a la pasión del juego desenvuelta por los hombres, y 50 a la de las mujeres.

No es preciso tener a la mano datos oficiales para apreciar lo verídico de la información. Ellas en las cartas, como en el cigarrillo rubio, a veces en el copetín, dan la zurda y un ojo vendado a sus débiles competidores.

Esto, en cuanto al vicio en sí mismo se refiere, igual que la desmedida afición al **Cine** y otras yerbas por el estilo; pero lo grave de tal estadística comprueba que las damas francesas abandonan por las cartas sus deberes conyugales y maternales.

Parece que en París o Marsella, la **canasta de patitos**, el **rummy** con premio, la **escala de nueve**, dislocan de tal modo a las mujeres, que las autoridades proyectan perseguir en lo sucesivo a las cultoras muy entusiastas del complicado pasatiempo. Pero, ¿cómo se anularía el mal? No habría para qué hablar siquiera de prisiones o de multas o de allanamiento de domicilio. ¿Quiénes serían los carabineros o milicos, que se animarán a semejante atropello? Y si lo hicieran, llevados por malas entrañas, la Vieja Revolución Francesa de hace siglo y medio, se quedaría chiquitita. Los mismos complacientes maridos se verían obligados a matar milicos por montones, siempre que los tuvieran de frente y no de espaldas. Dios no lo quiera, por ellas y por todos ellos.

Para no emplear medidas heroicas, Mr. De la Guachafe, sabio conocedor de la psicología femenina, aconseja largar en cada reunión canasteril, cincuenta a cien ratones de una sola vez. Asegura que tales bichos pondrían en desbandada a las concurrentes, y no se repetiría la segunda reunión. ¡Habría que ver, en efecto a esos temibles y diminutos seres buscando cualquier resquicio para esconderse!

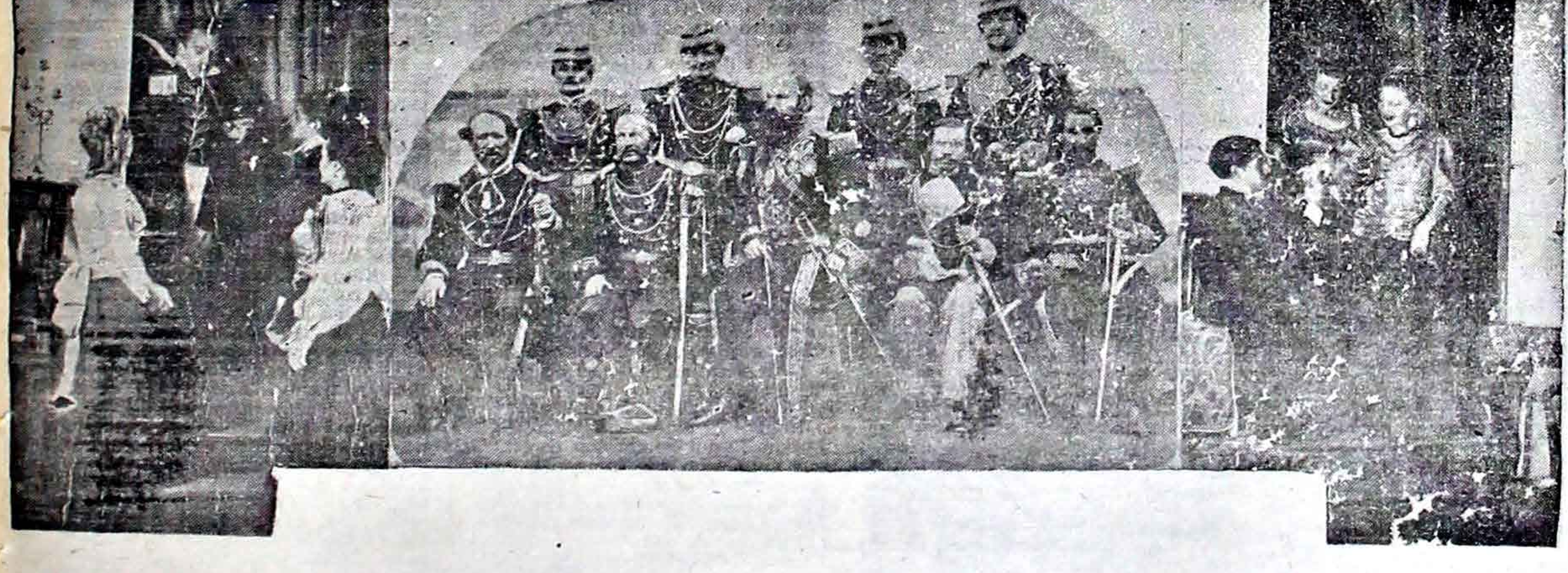
Entretanto, la próxima guerra mundial se esfuma de la gran preocupación europea, dando paso preferente al problema de las cartas. Porque también las gringas del Norte juegan a pelarse.

Está la calamidad
(estremécete, lector)
en que la cara mitad
juega rummy con fervor.
Pobres aquellos maridos,
maridos de algodón,
¿para no seguir sufridos,
será remedio un ratón?

PHILOS

OPINIONES

"Viva Belzu" de Raul Salmón



A la vista de la última actuación de "Viva Belzu", presentada por la compañía Nacional de Espectáculos Populares, de Raúl Salmón, se tiene la firmeza y la seguridad, de que ya existen las bases de un Teatro Nacional. Ello, no significa, por el contrario, es un abono, desconocer el aporte de otros conjuntos dramáticos que han trabajado y trabajan, por la efectividad del Teatro Nacional.

Corresponde ahora a los Poderes Públicos del Estado, estimular y fomentar a la Compañía Nacional de Espectáculos Populares de Raúl Salmón, para que, acrecentando su bagaje de experiencias, se convierta en un conjunto estable, que se supere diaria y constantemente.

Bolivia ofrece hoy valores de indiscutible mérito, en todos los terrenos artísticos, y nada tiene que envidiar a sus hermanas de América. La misma riqueza y el contenido abundante folklórico del país, prometen gran producción futura.

Como suceso teatral, "Viva Belzu" o "Los Caudillos Bárbaros", de Raúl Salmón, autor y actor boliviano, ha conmovido no sólo a las clases populares, sino también las esferas intelectuales, en las que el documento histórico nacional apenas si merece superficial interiorización, siendo tenido inútil para la creación artística o para la reconstrucción tocada de fantasía.

Esto no quiere decir el caso de Salmón, que en la escena del teatro Municipal, él se ha alejado de la historia con el pretexto artístico, pues al contrario, vivifica los episodios del turbulento hecho político y le imprime cierto sentido educativo y ameno, fuera de demostrar las virtualidades de su talento técnico.

Las opiniones que damos estampa dicen de su valoración.

El género que ha traído a tablas Salmón, constituye una gran sorpresa. En La Paz, Cochabamba o Santa Cruz, tal género conquistará siempre aplausos, por su exacta ubicación, con los antecedentes cronológico-históricos en que se apoya. No sólo que ha sido magnífica, la trama literaria, escrita sobre un período fisonomizado, por su hondo arraigo popular, cual fué el período Belzu-Córdoba, sino, la alta fidelidad dramática, con los personajes actuantes, entre los años 1849-1857, gobiernos de Belzu y Córdoba, que a la luz de la interpretación histórica, no constituyen orgánicamente sino un solo período de la Historia de Bolivia.

El vestuario y mobiliario, magníficos; la escenografía, propia y cabal; el utillaje y la tramoya, muy bien.

En cuanto al sentido social que se le ha impreso a la obra llevada a la escena, está encuadrado rigurosamente a lo que en verdad fué la Historia de Bolivia, en aquella época. La personalidad de Belzu, caudillo popular, no carente de ideales políticos, es la interpretación exacta, y la medida de los hechos, en aquel período de imperfecta estructuración democrática, con honda y profunda intuición de un amplio ejercitamiento de un gobierno de amplias bases.

El teatro histórico-social, da expresión y vida al teatro nacional de Raúl Salmón, y estamos seguros que en ese plano, sabrá interpretar otros temas, con igual fidelidad.

Hizo bien la H. Alcaldía de La Paz, en honrar a Salmón con alta distinción honorífica. Corresponde ahora a los Poderes Públicos del Estado, estudiar la forma de estabilizar el conjunto, hasta que un Departamento de Arte Dramático, dependiente del Conservatorio Nacional de Música, canalice, por así decirlo, la conducción técnica de un teatro nacional, pleno de realizaciones.

Félix EGUINO ZABALLA

El popular y prestigioso dramaturgo y actor Raúl Salmón, ha ingresado al terreno de la historia con inteligencia, parsimonia y ecuanimidad, que son condiciones indispensables de una persona que se dedica a las investigaciones historiográficas. Su drama "Viva Belzu" es una reconstrucción magnífica en la que aparecen doce años de la vida de Bolivia, durante los Gobiernos de Belzu, Córdoba, Achá y Melgarejo.

La parte histórica está muy bien delineada y de acuerdo a los documentos más fehacientes y serios que ha consultado Salmón. Es drama vivido, objetivo y lleno de animación, tragedia y buen humor; lo que quiere decir que el autor conoce perfectamente de los secretos teatrales y tiene suficiente capacidad intelectual para presentarnos las escenas de la historia patria con fidelidad e imparcialidad.

Los actores realizan una interpretación cabal e impresionante de los principales personajes del drama: Belzu, Córdoba y Melgarejo. Todos ellos actúan con tal propiedad, que hay emoción, patetismo y delineamientos de crítica y análisis psiquico-sociológico de las figuras históricas de aquella época nefasta y tragicómica y del ambiente desmoralizado, motinesco y de aplanamiento espiritual, donde la chatura, la mediocridad y el servilismo campeaban, se imponían y gobernaban.

Hacer historia en el teatro es trabajo muy difícil y complicado, que requiere en el autor talento investigador y analizador, una absoluta serenidad, severidad e imparcialidad a fin de no desviar el rumbo verídico de la verdad, por consideraciones sentimentales, políticas o ideológicas; y, por último, de inteligentes actores capaces de compenetrarse perfectamente en la psiquis de los personajes y del momento sociológico y social que se interpreta: condiciones que con acierto y parquedad se encuentran en "Viva Belzu".

Los decorados son excelentes y constituyen una fiel reconstrucción pictórica de los lugares históricos. Los uniformes y el vestuario son una precisa resurrección de la época y las modas de ese período álgido de nuestra vida republicana. A través de todo el desarrollo escénico se conocen las costumbres, las modalidades, los criterios y las pasiones humanas dominantes entonces, en aquellos momentos de caos, de formación de la nacionalidad que, joven, no se resigna a morir.

Pero la obra hubiese adquirido mayor intensidad, emotividad, movimiento y realismo histórico, si en la última escena en que se produce la intempestiva muerte de Belzu, por manos de Melgarejo o uno de sus coraceros, en el salón del Palacio de Gobierno, hubiese habido gentío festejando el triunfo revolucionario, lo que, además de ceñirse a la verdad histórica, es cuestión de simple lógica, porque naturalmente, debió haber sido así ese dramático y trágico instante que cambió el curso de la historia, e hizo vivir al país durante el sexenio melgarejista días de luto, dolor e infamia.

Arturo [illegible] LAFUENTE
([illegible] de Historia)

El aguinaldo de Juan Quispe

Por Jorge Fernández



Itiquí, pueblecito recostado en los últimos contrafuertes de la **Cordillera del Tunari**, retoza dentro de un pequeño valle florido y templado. Un riachuelo de aguas turbias lo baña y bordea.

Hace un año que tiene iglesia, más su escuela no puede terminarse. La pequeña capilla, cariñosamente levantada por el trabajo de los fieles, que son todos los vecinos, mereció la ayuda pecuniaria de los Quiroga, gente principal de la región. La escuela, por el contrario, hecha con más alarde de progreso que ladrillos, quizá algún día llegará a tener bancos y pizarrón.

Don Rubén Quiroga, el Número Uno de Itiquí, adquirió las propiedades vecinas a la suya, una a una, con tanto tesón como mala fé. Aun quedaban, sin embargo, dos haciendas terceras, los cuales, por ley de gravedad latifundística, no iban a tardar en arriar banderas. Don Rubén, a la muerte de su padre, recibió la heredad en verdadero desmedro, pero, con esa fortaleza propia del mestizo del valle, fé en la tierra y una gran ambición, no tardó mucho en extender su dominio por toda la comarca.

Doña Remedios contribuyó eficazmente a los deseos expansionistas de su marido, mediante una diligente y previsora administración de la economía familiar. Rubencito, el mayorazgo, constituía la esperanza de sus progenitores, sobre todo de su padre, quien acariciaba la idea de verlo convertido un día en terrateniente y diputado. Dos años menor que Rubencito, la otra hija, Clarita, lucía sus diecinueve abriles con gracia y desplante. Morena, de grandes ojos negros, formas sólidas y armoniosas, "el salero de la casa", como la llamaban, ostentaba un carácter "libre de prejuicios".

• • •

El mes a diciembre, y aunque no hay un solo reloj en la aldea, siempre suenan las cinco de la mañana a la misma hora: es una campanada de sol.

Como todos los días, el 20, al palidecer la última estrella, en el alba nacarado de celajes, el viejo sultán del corral lanza su primer cocoroco, al que sigue una algarabía de ecos y de trinos, de rebuznos, mugidos y balidos. ¡Olor de establo que se despereza, olor de tierra recién amanecida, que asciende tenuemente por el aire de los [illegible]!

Una carcajada de luz brotó rotunda detrás del cerro, y en un rato se encendió el valle en una sola llamarada. ¡Grávido y alegre despertar!

Juan Quispe, el mayordomo, se levanta con los gallos, como siempre. Indio de edad indefinida y ojos infantiles, "El Juan" conocido por todos, sencillote y servicial. Un itinerario de perros marcó aquella mañana su diligente actividad. Encamina sus pasos hacia la casa de hacienda, imponente edificio de dos pisos, que se yergue sobre una pequeña loma, y que, en los últimos tiempos, se ha convertido en cuartel general del cantón.

Al llegar a la casa de hacienda, Juan encuentra a una mujer que arrea una yunta de bueyes:

—Buen día, Juan.

—Buen día, Justina. No te olvides del ordeño y dile a la Juana del queso, que esté bien hechito y no tan salado; y al hijo del Pancho, que tenga los caballos listos para ir a la estación.

—Bueno, Juan.

—Y mándame a la Marica.

—Bueno, Juan.

Y Juan es el hombre de confianza del patrón. Cuidador de la hacienda como de su propia vida. No tiene siquiera un "yokalla" que le ayude, ya que su mujer, la Felipa, según dicen, había sido embrujada y quedó por esto estéril que las tierras que faldean los cerros.

La vida brilla como una cacerola recién lavada. Motitas policromas y novedosas salpican el paisaje, sobre el ocre de la tierra y en medio del verde de los sembríos: es el indio en mudo coloquio con la **Pachamama**. Las horas se suceden rápidamente, marcando la rutina de la faena, y cuando el sol está a punto de doblar la mañana, los peones se retiran a tomar su segundo almuerzo del día. Aquí y allá, en cuclillas o sentados a la sombra de un árbol, sobre la mesa grande de la madre tierra, y en un mantel de hierba, agarran su plato de barro con ambas manos callosas. La cuchara de palo vuelca las vitaminas de la **lahua** cotidiana, después el **mote**, el **papa huayku** y una **tutuma** de **kalma**. Coca, lluc'ta y otra vez a la faena, sin más horario que el sol. ¡Gente quechua, laboriosa, estoica y medio triste!

Por doquier se pongan los ojos, se ve principalmente maizales y maíz; es el grano milenario que alimenta al indio y mantiene su fortaleza de raza vieja y robusta. Los maizales aprietan sus tallos en un horizonte de abundancia. Verde esperanza coronada de greñas café oscuro. Maíz para la **lahua** del indio, para su mote, para su **chicha**; maíz para sus rapaces que ávidamente chupan los humores; maíz para sus vacas y para sus animales que se deleitan rumiando la chala.

La actividad de Juan Quispe llega al paroxismo. Con diligencia de hormiga lo ha recorrido todo: las trojes, los corrales, los sembradíos y la casa de hacienda hasta su último rincón. Don Rubén debe llegar a pasar la **Navidad** por primera vez en Itiquí, y como estas visitas traen siempre complicaciones, el mayordomo no omite esfuerzo para disponerlo todo hasta en su último detalle.

• • •

El sol ya ha pasado el cénit. Detrás de los cerros rebalsan las cabezas de los cúmulos, semejantes a gigantescas coliflores. Pronto iniciarán su viaje de abanicos hasta encapotar el cielo y chorrear en locos aguaceros de calor.

Por el camino angosto y lleno de tierra que bordea las lomas, se alborotan remolinos corredores. Un indio sudoroso se les adelanta para traer la buena nueva: ya llega el patrón.

Un momento más tarde, una numerosa cabalgata desciende la última vuelta que da acceso a la planicie. Un ladrido múltiple, de perro a perro, va indicando la proximidad de los viajeros. Por fin aparece don Rubén montado en tordillo de gran alzada y encabezando la procesión con dignidad de comandante.

Desmontan los visitantes en el gran patio de la hacienda, en medio de **pongos** solícitos y de un montón de chiquillos encamisados, barrigones y con el susto pintado en sus caritas de barro. Apenas llegados, Clarita, visiblemente cansada, se retira a sus habitaciones.

En el corredor, lleno de sombra, se sirve un refrigerio y se disponen palanganas con agua para el aseo de la comitiva. A continuación, los dueños de casa invitan a pasar al comedor, de donde sale un olorcillo que hace tragar saliva.

La **mesa** presenta el aspecto de un inmenso muestrario de viandas. Choclos, humintas, quesillos, dos o tres clases de mote, **llajhua** de diferentes colores, en grandes platos de barro, ají de conejo, gallina, chicharón y sabe Dios qué otras cosas más. En medio de todo esto, botellones de chicha amarilla y clarísima estratégicamente alineados.

Pronto los huéspedes se olvidan de sus comentarios sobre el calor, el polvo y la incomodidad del viaje. A la voz de: ¡Sírvanse con toda confianza!, los cubiertos se hacen lerdos y empiezan las manos a apresurar el atracón. ¡Con qué fruición devora esta gente capitalina!

• • •

En medio de las inspecciones de Don Rubén y las cabalgatas de sus invitados, llega el 24. Una gran agitación en la casa de hacienda señala la proximidad de la **Noche Buena**, mas, en medio de ello, flota un aire de inquietud y de misterio. Honda arruga surca la gran frente del amo y los ojos enrojecidos de doña Remedios hablan de una agitada vigilia.

Transcurre el día en medio de los preparativos hasta que a las nueve de la noche, el pausado repicar de la campanita de la iglesia llama a los fieles a la misa del gallo.

Pronto, la pequeña capilla se ve colmada de una peonada trasnochada que luce sus mejores galas. Profusión de velas de cebo y flores silvestres dan al recinto el aspecto de un jardín iluminado. El juego de murciélagos irreverentes apaga una que otra luz, en el vuelo rasante de sus membranas. En el único altar esta arreglado el **Nacimiento**. El **Niño Dios** yace con los brazos abiertos y los ojos fijos, envuelto en pañales de romaza y cercado por platitos de maíz y trigo recién germinados.

A un lado del altar, don Rubén y sus amigos, en reclinatorios mullidos, siguen devotamente los ritos. Sólo falta Clarita.

Se levanta la Hostia cual mensajera paloma de fraternidad humana, y un coro de indiecitos cohibidos desgrana un **villancico** soñoliento que, cautelosamente, se escapa hacia la noche del valle.

Terminados los oficios religiosos, vuelven los huéspedes a la casa de hacienda. Don Rubén es el primero en romper el pesado silencio que embarga a todos.

—Y bueno, mis amigos, dice con sonrisa forzada, como verán ustedes la **Navidad** en el campo es más temprana, pero ello no debe ser motivo para estar con las caras largas.

—Así es, Rubén, contesta uno de los invitados. La Navidad del campo es temprana y distinta. No sé por qué esta fiesta trae siempre algo de tristeza al alma, pero en el campo, donde es la primera vez que la paso, parece que esta tristeza se acentúa y que un algo indefinido embarga los espíritus.

—Esos son sentimentalismos, expresa otro, interviniendo. Ahora a alegrarse se ha dicho. ¿Qué es de doña Remedios? Que se deje de trabajar siquiera ahora ¿Y la guapa de Clarita? ¿Qué se ha hecho? ¿Sigue todavía enferma?

—Sí, realmente, contesta don Rubén algo confuso. Está todavía delicada, y dando bruscamente otro giro a la conversación, llama a Juan para ordenarle que sirva las bebidas.

La velada no tarda en animarse.

La cena de **Noche Buena** es verdaderamente pantagruélica y diluviana. Vuelven los convidados al salón con los ojos cargados de sueño y algunos hasta con el equilibrio en grave riesgo. Convienen en recogerse, no sin antes escuchar las amonestaciones del dueño de casa, que insiste en que **"pongan los zapatos"**.

—Mis amigos, grita don Rubén, tengo noticias ciertas de que **Papá Noël** tiene regalos para todos ustedes. Grandes y pequeños, mujeres y hombres. Nadie será olvidado ¡Con que a poner los zapatos!

En medio de risas y comentarios, los huéspedes, siguiendo el ejemplo de los anfitriones, alinean sus zapatos en el corredor. Juan Quispe, desde un ángulo del salón, contempla absorto las idas y venidas.

• • •

El mayordomo y su mujer son los últimos en abandonar la casa de hacienda, llevándose los sobrantes de la cena. Sentados a la puerta de su casucha, entre tragos y bocados, comentan los misterios de la **Navidad**. Sus mentes cándidas se pierden en un laberinto de congeturas y estrafalarias leyendas.

Juan rompe un prolongado silencio para hablar a su mujer:

—Felipa, el patrón les ha hecho dejar sus zapatos a sus amigos. Dice que les va a poner regalos. **Toditititos han dejado hasta sus botas en** el corredor. Quisiera ahuaytar para verlo al **Niñito.**

La india se mantiene silenciosa al ritmo de sus mandíbulas, que trituran pausadamente, y con los ojos perdidos en la noche.

Juan Quispe habla otra vez:

—¿No me has oído, Felipa?

—Sí, te estoy oyendo.

—Yo también quisiera poner mis ojotas y que el Niñito me regale una vaca con su cría.

—El Niñito regala a los patrones, nomás. Es pecado que nosotros nos metamos en esas cosas.

—Si tuviéramos un hijo, yo le haría poner sus ojotas en la puerta y en la noche, de ocultas, le dejaría tostado y mote y queso y otras cosas más y él creería que ha sido el **Tata** Dios.

La india se levanta, y sin contestar una palabra, se dirige al interior de la habitación.

El mayordomo, sobre sus cueros de oveja no puede conciliar el sueño. El milagro de los zapatos le da vueltas la cabeza. Nunca ha sabido de nada igual. ¿Cómo es posible dejar los zapatos y que éstos aparezcan llenos de presentes? ¿Cómo será el Niñito? ¿Y ese señor barbudo, el Papá no sé cuántos, del que estaban hablando los señores?

El rostro de Juan Quispe parece estar haciendo gestos a la noche. Al impulso de sus sentimientos va adquiriendo, alternativamente, expresiones de placidez y de verdadero estupor. ¿Si él pusiera sus ojotas? Claro..., pero no, no debe hacerlo, puede traer mala suerte.

Por fin vence su curiosidad de niño. Se levanta cauteloso, casa sus ojotas de fiesta de una vieja petaca de cuero, y caminando en la punta de los pies, para no despertar a su mujer, va a dejarlas en la **"tranca"** del corral.

Satisfecho de su audacia e impaciente por los resultados de ese algo que no alcanza a columbrar enteramente, vuelve a sus cueros de oveja y no tarda en agarrar un estruendoso ronquido.

• • •

La noche se ha espesado sin luna y sin estrellas. Relámpagos intermitentes rasgan el silencio estacionado, y de repente caen las primeras gotas del aguacero. Apagada, como una gran mole de sombra, está la casa hacienda; solamente una de sus habitaciones parpadea con luz indecisa.

De repente Juan Quispe es sacudido de su sueño de tronco. Es la Marica que viene a llamarlo de parte del patrón. El indio se levanta presuroso, y un mal presentimiento aligera sus pasos en dirección a la hacienda. No sé por qué, inmediatamente, ha asociado el mal presagio con sus ojotas, con las cuales parece seguir soñando mil cosas confusas.

Don Rubén lo aguarda impaciente. Con gran sigilo le entrega un pequeño bulto, al mismo tiempo que le dice:

—Juan, ya sabes que siempre te he tenido mucha confianza. Debes llevarte inmediatamente este niño a la hacienda de don Rubencito. Tu mujer se hará cargo de él. No hagas preguntas ni comentes con nadie. Salgan en este mismo momento. Apúrate. Ya verás cómo te recompenso; mañana hablaremos de eso. Este es el niño que la Felipa no ha podido tener, te lo regalo. Deberán criarlo y cuidarlo y cuando sea grande te ayudará mucho.

El indio asustado, sin poder comprender la magnitud del encargo, pero fiel a la obediencia ciega de su raza, toma el paquete con manos inseguras, y con un: "¡Está bien, Tata¡" camina hacia su casa.

El malestar de Clarita queda aclarado.

Ha nacido un huérfano en la sombra de una noche evocadora. Al sentir su cuerpecito el frío de la vida, ha gritado su orfandad y su infortunio.

El Juan está desolado. **"Supay"** ojotas, masculla sin cesar en su boca verde de coca. El arrepentimiento y una decepción profunda torturan su mente. Las ojotas tienen la culpa ¿Por qué las puso? No sabe, acaso, que el indio no tiene aguinaldo, ni Noche Buena, ni arbolito? ¿Quién le ha regalado este hijo? El patrón o el Niñito? Aun no lo sabe, pero, de todos modos, el no le quiere, es un hijo ajeno, de otro color, y estas cosas no se regalan. Si no hubiera puesto las ojotas..."Supay" ojotas...

Veinte siglos separan dos nacimientos de gemela adversidad. Dos criaturas, prematuramente señaladas, abren los ojos a la amargura de sus destinos. La una tuvo como patíbulo la residencia humana; la otra, será una amenaza para el convencionalismo social de matriz reglamentada.

Dos cabalgaduras doblan un recodo de la noche, y el llanto de un infante se pierde en los maizales.

La Paz, 1949-51.

Yokalla.—Chicuelo indígena.

Lahua.—Especie de mazamorra, generalmente de cereal.

Papa Huayku.—Papa cocida con más su cáscara.

Coca.—Pequeña hoja verde que los indios mastican. Contiene cocaína.

Kalma.—Borra de la chicha.

Llucta.—Pasta endurecida hecha a base de ceniza, que mastican los indios juntamente con la coca.

Tutuma.—Recipiente hecho con la cáscara de una fruta tropical.

Choclo.—Mazorca de maíz, generalmente tierno y hervido.

Luis Luksic muralista en Venezuela

El Teatro "Montecarlo" de Caracas muestra seis obras.

"EL NACIONAL", de la capital venezolana pone frente a nuestros ojos dos notas novedosas sobre la actividad del pintor boliviano Luis Luksic, avecindado en Caracas desde hace varios meses, por razones familiares y otras que no viene al caso mencionarlas.

Luksic, que también es poeta y charlista magnífico, acaba de demostrar en Venezuela una original capacidad de muralista ingenioso y audaz en la renovación de las técnicas y los usos de tal cometido artícstico prestigiado en el Contiente con la obra de los grandes pintores mexicanos.

Veamos lo que dicen los recortes periodísticos enviados a este Suplemento de Arte y Letras de EL DIARIO, y cuyo contenido se hace un deber difundirlo en Bolivia.

PLASTICA Y FLOLKLORE, CON CALIDAD ARTISTICA

"El pintor boliviano Luis Luksic, cuyo origen yugoslavo ha quedado sumergido en su americanismo nato, acaba de terminar seis murales, para el nuevo teatro **"Montecarlo"**, sobre motivos de bailes venezolanos: **Los Diablos del Yare, El Caribe, El Sebucán, La Burriquita, El Pájaro Guarandón y El Joropo.** Aunque estas pinturas son eminentemente decorativas, tienen un sentido plástico de nuestro folklore de una gran calidad artística.

—Esos murales, nos dijo Luksic, están pintados sobre bastidores de lona con óleo mate y óleo de **"silk screen"**, usando separadamente estos dos medios, o bien mezclándolos. Además, los dos murales más próximos al **escenario** tienen una segunda capa de pintura fosforescente, que reacciona bajo los rayos de la luz negra.

—Mi propósito, continuó explicándonos el artista, fué realizar una interpretación nativista de motivos folklóricos, par lograr una linámica plástica sin caer en la descripción anecdótica, pero con un sentido eminentemente americano, que he aprendido de los pintores populares y de los niños. He procurado en cada una de las composiciones una solución de euritmia para sugerir el movimiento de las figuras y del conjunto, eludiendo la expresión de los movimientos suspendidos, que siempre dan una impresión de instantánea fotográfica.

Es digno de atención y alabanza este esfuerzo muralista de Luis Luksic, que nos muestra, de manera práctica, la función arquitectónica de la pintura, completamente olvidada entre nosotros, pero que fué lo que hizo florecer el arte plástico del Renacimiento Italiano y ahora de la pintura mexicana.

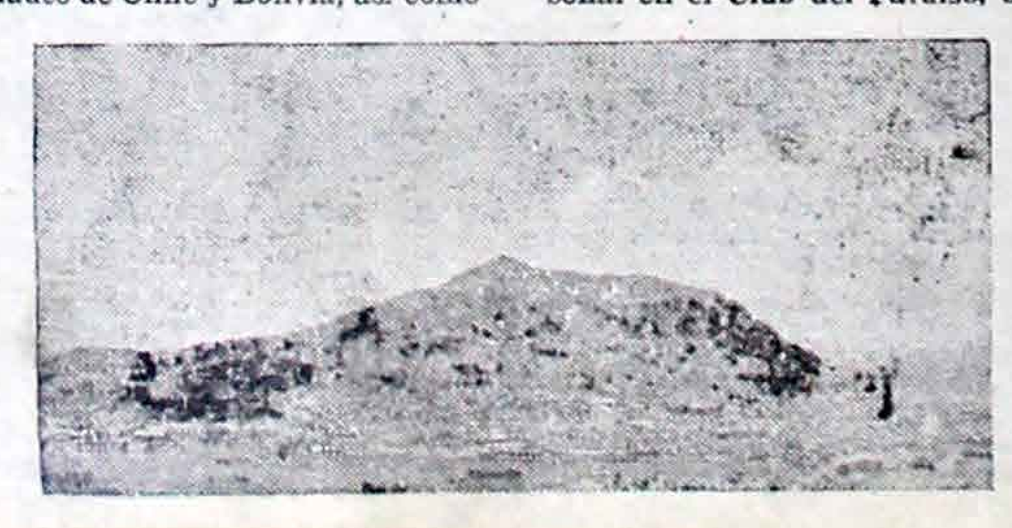
CARNET Y AVENTURA DEL PINTOR BOLIVIANO

Luis Luksic nació en Potosí, Bolivia, en 1911. Quisó ser médico y se fué a Chile, done dcursó cuatro años de medicina, cuyos conocimientos no le satisficieron, pues sentía ya su vocación pictórica, que vigorizó en sus relaciones con los pintores chilenos, elaborando, poco a poco, su



estilo personal y su interpretación de la realidad folklórica, que ha realizado en sus murales del teatro **"Montecarlo"**. Ha expuesto en varias ciudades de Chile y Bolivia, así como en París y Londres.

Esta es la segunda vez que Luksic está en Venezuela. Cuando vino en 1949, presentó una exposición personal en el **Club del Paraíso**, donde exhibió pinturas de caballete. Desde hace seis meses se encuentra de nuevo entre nosotros, consagrando la mayor parte de su tiempo a los murales que acaba de terminar.



La mayor embición de Luis Luksic es ir a México, para conocer mejor la pintura que se está reproduciendo en aquel país, que él considera como el centro artístico más importante de la América Latina, y donde podrá encontrar nuevas orientaciones que afirmen sus terdencias actuales. Pronto tendremos oportunidad de admirar sus murales del teatro **"Montecarlo"**, y en ellos quedará por mucho tiempo entre nosotros el grato recuerdo de este artista boliviano, que nos dejó algo de su alma en ellos."

TRADICION, RECUERDOS Y MURALES LUMINOSOS

"Vestido de nuevo, remozado y rebautizado, el viejo teatro Olimpia, rincón de inolvidables recuerdos, donde también la tradición agonizó, abrirá sus puertas uno de estos días. El teatro Olimpia será ahora teatro Montecarlo. En lugar del sano humor del llorado Antonio Saavedra, veremos películas de Tin-Tan; cintas musicales sustituirán aquellas ingenuas zarzuelas de otros tiempos y tríos pseudofolklóricos ocuparán el sitio de aquellas fáciles compañías de variedades. Pero cuando las luces de la sala se apaguen, mientras el telón se anime de figuras gesticulantes y absurdas, algo nos dará la impresión, ya casi extraña, de que estamos ante cosas nuestras. De las paredes surgirán, luminosos y fieles motivos típicos venezolanos. El joropo, la burriquita, el sebucán, el carite, el pájaro guarandol, los diablos del Yare...

—Es el trabajo intenso de cuatro meses.

Habla el pintor boliviano Luis Luksic. Es un hombretón de lentes que mira a la vida como si la vida fuese una acuarela. Vino hace seis meses, expuso en el Club Paraíso y Miguel Otero Silva présentó su obra. Luego recibió este encargo. Fué al **Instituto de Investigaciones Folklóricas**, leyó a Juan Liscano, recorrió los cerros uno por uno, unas muchachitas reprodujeron para él bailes populares y comenzó a decorar el ontecarlo. Así la razón de encontrar allí a los diablos de Yare, el pájaro guarandol, el carite, el sebucán, la burriquita, el joropo... Están pintados de una manera, cuando menos, brillante.

—La técnica—explicó—es relativamente fácil. Utilizo papel luminoso. Y los dos murales de los lados—el Joropo y el sebucán—tienen luz negra. Están hechos sobre una especie de laca o película que se disuelve con acetona My seca rápidamente. Pinto corrientemente con óleo y luego entra en juego la luz ultravioleta.

Así, el viejo **teatro Olimpia**, cuando abra sus puertas como **teatro Montecarlo**, guardará todavía un poquito de tradición. Veremos mujeres de verde tez, cogollos, caballos llaneros y bailes de aquí. Hablará Francisco Carreño, tocará el arpa Candelario Prieto y Luis Luksic, este boliviano cuarentón, de amable actitud, recibirá inesperadas felicitaciones como premio al cariño que dejó en las **paredes.**"